

de suso se hizo mençion, puesto que no como prèssos segund los otros, sino como amigo que se avia passado de su grado á los nuestros. Y assimesmo yba el otro Bernaldino Cordero, porque estos le pidieron por merçed al capitan general que los dexasse yr en el galeon, y se lo otorgó; é yban muy bien tractados estos dos por la raçon questá dicha. Y segund despues lo mostró la obra, el propóssito de Simon de Brito no era bueno, porque en el mes de octubre adelante del mesmo año, supo el capitan general cómo en la isla de Gilolo, por la vanda del Leste, en un lugar que se dice *Bicholli*, avian aportado dos chripstianos y un indio en una canoa, y que decian que eran castellanos. Y luego el capitan mandó á Urdaneta que fuesse allá, y reçelándose que serian portugueses, fué derecho á Camapho, y allí hizo armar diez paraos, y fuesse á Guayamellin, y supo, antes que llegasse allá, cómo eran portugueses: y porque no huyessen, llegó de noche al lugar, y ovo plática con los indios de Guayamellin, que son vassallos del rey de Tidore, y subió arriba al lugar é híçolos prender. Los quales eran el Simon de Brito y el patron de la galera que avian tomado los nuestros; y preguntando al Simon de Brito por el galeon, dixo quel galeon ya seria navegado y estaria en la Nueva España, y que él porque le trac-

taba mal el capitan Saavedra, se avia salido del galeon juntamente con el patron, dosçientas leguas de allí en una isla, y se avia aventurado en aquella canoa de venir á Tidore, donde los castellanos estaban. Mas el Urdaneta, no dándole crédito, los llevó á buen recaudo á Tidore, donde ya el galeon era tornado, y el capitan Saavedra estaba con grand desseo de aver á las manos al Simon de Brito, porquel y otros quatro ó çinco portugueses se avian huydo con el batel en las islas de los *Papuas*, y dexado al capitan Saavedra y á otros en tierra: y el Simon de Brito y los otros sus compañeros, se perdieron con el batel y aportaron á unas islas, en las quales se quedaron los otros compañeros con el batel, y el Brito y el patron determinaron de passarse al Maluco á los portugueses en una canoa, é yendo allá, dieron consigo en Guayamellin, donde el Urdaneta los prendió. Luego el capitan Saavedra dió quexa criminal contra el Simon de Brito y el patron, y avida la informaçion y reçeçbida su confession de ambos, dió sentençia el capitan Fernando de la Torre que fuesse arrastrado y degollado el Simon de Brito, y al patron que lo ahorcassen. La qual sentençia luego fué executada méritamente en ellos, para su castigo y exemplo á otros.

CAPITULO XXX.

Cómo se supo que era perdido el galeon llamado Sancta Maria del Parral, del qual (en esta armada del comendador Loaysa) era capitan don Jorge Manrique, al qual mataron alevosamente y muy cruda; y cómo se supo la verdad y fué hecha justiçia de uno de los malhechores; y cómo el galeon del capitan Saavedra le tornaron á despachar en Maluco para que volviesse á la Nueva España; y cómo murió el rey de Gilolo, amigo espeçial de los castellanos; y cómo se perdió Tidore y la fuerça que los nuestros tenían, por la trayçion y amotinamiento de Fernando de Bustamante, y del partido con quel capitan Fernando de la Torre dexó la fortaleza de Tidore y otras particularidades que conyienen á la historia.

Al tiempo quel capitan Alvaro de Saavedra pasó por las islas de los Celebes, le

truxeron los indios dos chripstianos para si los querian rescatar, los quales eran

gallegos del galeon nombrado Sancta Maria del Parral, del que era capitan don Jorge Manrique. Y este navío era uno de los del armada que llevaba á la Espeçieria el comendador, frey Garcia de Loaysa, y perdióse este galeon en la isla de Sanguin, questá obra de septenta leguas del Maluco. Y el capitan Saavedra los rescató á trueco de oro y los llevó al Maluco: el uno dellos se deçia Romay, y el otro Sanchez; y á cabo de çiertos dias que estovieron en Maluco descubrióse por ellos mesmos cómo se avian perdido. Y sabido por el capitan Fernando de la Torre, hizo prender al Romay. Y el Sanchez se huyó á los portugueses; y en la mesma saçon escribió un flamenco, llamado Guillermo, desde las islas de los Celebes en cómo se avian perdido, y en su carta condenaba á estos dos gallegos, por la qual carta, y por otros indicijs se dieron çiertos tractos de cuerda al Romay, y al fin confessó cómo avian arribado á Viçaya, y allí enviaron el batel á tierra y se le avian tomado los indios con toda la gente y la mataron; y de allí los que quedaban fueron é surgieron en otra isla, y estando surtos allí, estos gallegos y otros del galeon, se concertaron de matar al capitan y á otras personas, como de hecho lo hiçieron: al qual capitan don Jorge Manrique; y á su hermano don Diego, y á Francisco de Benavides, thesorero de la mar, los echaron vivos á la mar, y al bordo de la nao los alanzearon. Y de allí viniendo sin capitan y sin piloto, que se les avia falleçido, dieron con la nao al través en la isla de Sanguin, donde los indios pelearon con ellos, y mataron la mayor parte dellos, y los restantes prendieron y los vendieron por essotras islas. Vista su confession, fué sentenciado á que lo arrastrassen, y arrastrado, fuesse fecho quatro quárto; y assi se cumplió y executó la sentençia.

TOMO II.

Tornóse otra vez á aparejar el galeon, y partióse para a Nueva España; y porque la otra vez intentó el capitan Saavedra de se meter debaxo del Norte, penssando hallar vientos favorables para yr á la Nueva España, y no los halló, platicóse muchas vezes que se debia de meter debaxo del Sur, hasta estar en veynte y çinco ó treynta grados, y de allí podria ser que hallasse buenos tiempos, y siempre lo contradixo el Saavedra; y assi se partió en el mes de enero de mill é quinientos y veynte y nueve años.

En el qual tiempo, con la mucha guerra y grandes trabaxos que los castellanos passaban ordinariamente, eran muertos parte en la guerra y parte de enfermedades; y cada día se yban apocando, y á los portugueses cada un año les yba socorro, y la guerra siempre se ençendia mas. En essa saçon los nuestros hiçieron un bergantin de doçe bancos para con la galera y la fusta; pero todos los saltos que se hacian era con los paraos de los indios, y pocas semanas se passaban que no peleassen, topándose. Y tambien eran muertos muchos indios en esta guerra, y estaban muy fatigados, porque alrededor de aquella isla avia muy pocos pueblos que no oviessen quemado y destruydo, y muerto mucha gente; y siempre el rey de Gilolo tuvo firme su amistad con los castellanos, y los favoreçia con toda su posibilidad, y por el consiguiente los castellanos á él, y continuamente estaban en Gilolo doçe castellanos, por capitan de los quales estaba Fernando de Anasco. Y cómo el rey de Gilolo era ya hombre de mucha edad, murió; y quando estuvo al cabo de la vida, fuéronle á visitar de parte del capitan general y á le consolar el capitan Andrés de Urdaneta: y el rey encomendó mucho un hijo que tenia de çinco ó seys años al capitan general y á los castellanos, y dixo que les rogaba que su hijo

hallasse en los nuestros el favor y amistad que ellos avian hallado y hallarian en su padre, viviendo como lo avian visto: y assi se lo prometieron que lo harian todos de muy buena voluntad y obra. Y luego mandó yr con estos capitanes ciertos principales al capitan general y al rey de Tidore á encomendarles su hijo y todo su reyno; y al tiempo que fallasció, dexó por gobernadores á dos sobrinos suyos, el uno llamado Quichiltidore y el otro Quichilbumi, el qual anduvo mucho tiempo desterrado del reyno de Gilolo, porque avia querido matar al rey, diciendo que le pertenecía el reyno de derecho. Y segund decían los indios, algund derecho tenia; y al tiempo de la muerte le perdonó el rey, y le encomendó mucho que mirasse por su hijo, con el qual presto diera Quichilbumi donde nunca le vieran, si en su mano fuera. En el mes de octubre de aquel año de mill é quinientos y veynte y nueve, Quichilrrade, gobernador de Tidore, hizo una armada para yr á *Moro*, y pidió al capitan Fernando de la Torre veynte castellanos, y él se los dió muy contra su voluntad, porque eran ya pocos los que tenia, y los enemigos estaban cerca. Y partidos de Tidore, desde á quatro dias toparon con una armada de los portugueses ya sobre tarde, y vinieron á barloarse los unos con los otros, y pelearon hasta que la noche les despartió, y todavía tomaron los nuestros un parao con hasta cient personas y dos versos de bronce en él, y mataron quasi todos los indios. Y en esse mismo tiempo tambien andaba fuera la armada de Gilolo con todos los castellanos que en Gilolo residian: y cómo los que quieren vengar sus injurias (ó dessean hacerlas), aguardan tiempo aparejado para ello, parescióle al presente á la Reyna de Tidore que se podría satisfacer la muerte de aquel Derota, su enamorado, de quien se tractó en el ca-

pítulo XXVI; y assimesmo un mal español llamado Fernando de Bustamante, que estaba muy sentido, porque no le avian elegido á él los castellanos por capitan general, despues que murió Martin Iniguez: desta causa, segund paresce, no se halló en él la lealtad que debiera tener. Este era uno de aquellos primeros que se hallaron en el viaje de Magallanes y en el descubrimiento del grande y famoso Estrecho austral, y avia tornado á España en la nao Victoria, que bojó el mundo con el capitan Johan Sebastian del Cano; y el Emperador le avia honrado y fecho mercedes, y le hizo su oficial en esta otra armada del comendador frey Garcia de Loaysa, y por tanto fué mayor su maldad y deslealtad. Assi que, aquella deshonesta y mala Reyna y el dicho Fernando de Bustamante y un portugués llamado maestro Fernando, escribieron á don Jorge de Meneses, capitan de los portugueses, avisándole cómo la flor y mayor parte de los indios y los castellanos eran ydos de armada, y que seguro podia yr y tomar la cibdad de Tidore y la fortaleza y todo lo demás, porque avia muy poca gente en la isla y no ternia quien se lo resistiese. El don Jorge, certificado desto, aparejó su armada y fué luego sobre Tidore y tomola, aunque los nuestros se defendieron algo, y á la entrada de la cibdad mataron un castellano é hirieron y mataron algunos indios. Y el capitan Fernando de la Torre se acogió al baluarte grande con los que se pudieron recoger con él (que todos no pudieron por la priessa que los portugueses les dieron); y luego don Jorge de Meneses envió á requerir al capitan que le dicesse la fortaleza, y que le prometia que á ninguna cossa suya ni de los de su compañía tocarian ni se les tomaria. El capitan respondió que en ninguna manera se daria; antes determinaba de morir y defenderse, como Dios le ayudasse. Todavía los por-

tugueses tornaron á le requerir otras dos veces, y no se queriendo dar, dixo el Bustamante al capitan que hiçiesse sus partidos lo mejor que pudiesse, porque no era ya tiempo de hacer otra cossa; porque el Bustamante ni otros muchos que estaban allí, no avian de pelear contra los portugueses, y sobre esto passaron muchas cosas. Al fin, viendo Fernando de la Torre que no tenia gente en su favor sino muy poca, y que tenia á los enemigos ó parte dellos dentro de su fortaleza, acordó de hacer su partido lo mejor qué pudo; aunque se pudiera defender de los portugueses y de los indios, si Bustamante no le amotinara la gente, porque el baluarte estaba bueno y fuerte con su cava, y tenia mucha artillería y munición. En conclusion, el partido que se le concedió, fué que el capitan Fernando de la Torre se fuesse en el bergantin con la gente que le quisiesse seguir á Camapho, y llevase en el bergantin una lombarda y quatro ó cinco versos y todas sus haciendas y armas los

que fuesen con él, y assimesmo de la factoría del Emperador lo que pudiesse. Y con estas condiciones se dieron los castellanos, y diéronles término que hasta otro dia en todo el dia saliesen de la isla; y que llegados en Camapho, ningund castellano pudiesse entrar en las islas del Maluco, sin licencia de los portugueses hasta en tanto que viniessse algund navío de la una parte ó de la otra; y casso que viniessse navío, se hiçiesse saber la determinacion de lo que harian adelante. Y con tanto se partió el capitan Fernando de la Torre en el bergantin con los que le quisieron seguir, que fueron Pedro de Montemayor su teniente, y Martin Garcia de Carquiçano, thesorero general y Diego de Salinas factor, y Martin de Islares, y Pedro Ramos, y Diego de Ayala, y otros que en todos ellos y los que es dicho serian diez y nueve ó veynte hombres, y otros veynte se passaron con el Bustamante á los portugueses, para participar en su deslealtad y mal nombre.

CAPITULO XXXI.

Cómo algunos de los castellanos no quisieron estar por lo que su capitan, Fernando de la Torre, avia asentado con los portugueses, assi porque no se hallaron ni consintieron en ello, como porque decían que era desservicio del Emperador consentirlo; y cómo el galeon del gobernador, Hernando Cortés, tornó á arribar la segunda vez y vino á Camapho; y cómo el capitan, Fernando de la Torre, se juntó con los castellanos y se renovó la guerra, porque los portugueses no guardaron lo que avian asentado; y cómo los indios de ambas partes se hiçieron amigos y concertaron de matar á los castellanos y á los portugueses, y cómo fué descubierta la maldad de los indios, y otras cosas tocantes á la historia.

Despues que el capitan Fernando de la Torre y los castellanos perdieron la isla y fuerza de Tidore, por la forma que se dixo en el capítulo precedente, los que de los nuestros avian ydo en la armada de Quichilrrade, se desparçieron en Camapho unos á una parte y otros á otra, y el capitan Urdaneta volvió á Tidore con el gobernador Quichilrrade con seys castellanos, y llegaron una noche despues que los portugueses tomaron la fortaleza. Y viéndo-

se perdidos y descontentos, el Urdaneta rogó y pidió por merced al Quichilrrade que le hiçiesse dar un parao, porque se queria passar á Gilolo; y él mandó luego á un indio principal, que se decia Machá, muy valiente hombre, que llevasse al Urdaneta. Y assi se fué á Gilolo, y llevó consigo otros dos compañeros y dos versos de bronce, y los otros sus compañeros se passaron á los portugueses. Los indios que llevaban el parao, yban